

¿Lesbiana yo?: Las (a)sexualidades de Aida Bahr en *Las voces y los ecos*

Lídice Alemán

Wayne State College

Para los que estudian la literatura cubana contemporánea Aida Bahr es un nombre familiar. Se graduó en Letras en la Universidad de Oriente en 1981 y dirigió la Editorial Oriente durante una década. Bahr es hoy Escritora Independiente y Doctora en Ciencias Literarias, título que obtuvo en la Universidad de la Habana en el 2009. Ha publicado fundamentalmente libros de cuentos, siendo tal vez el más conocido *Ofelias* (2007), por su premio Alejo Carpentier en el 2006. Tiene además dos novelas, *Las voces y los ecos*, objeto de este estudio, publicada primero en Puerto Rico (2004) y luego dos veces en Cuba (2006 y 2014) y *A merced de mí* (2009).

La obra de Bahr se caracteriza por un excelente dominio de las técnicas narrativas contemporáneas y por llevar la problemática femenina al centro de su discurso literario, con personajes femeninos fuertes e independientes. Esta característica, sin embargo, no solo abarca a sus personajes protagónicos sino también a los secundarios, como Josefina (José), hija mayor del abuelo asturiano y madre de la narradora de *Las voces y los ecos*. José terminó imponiéndose a la figura patriarcal de la familia, Alfonso (el asturiano), quien pronto comprendió que “en la casa debían acatarse las decisiones de su hija” (Bahr 2014, 59). Alfonso, refiriéndose a José, llega incluso a reconocer que, “Tú fuiste mi primera hija y haces lo que el varón [Tello] no ha hecho nunca” (Bahr 209, 60). En la novela, el empoderamiento de esta figura femenina contrasta con la involución o incompetencia de las figuras masculinas. Por ejemplo, el

único hijo varón del asturiano, Tello, o bien representa problemas y preocupaciones permanentes para la familia o es ausencia, como indica la siguiente conversación entre Alfonso y otra de sus hijas, Enna:

—¿Dónde está Tello?

—Se fue.

—¿Adónde?

—A recorrer la isla [...]. Pero no te preocupes que él va a volver. (Bahr 2014, 39)

Este estudio, no obstante, va a enfocar las sintomáticas (a)sexualidades de algunos de los personajes de la historia, femeninos y masculinos, así como su diálogo con el contexto de producción de la obra. Prestará particular atención a las implicaciones de ser etiquetado en Cuba con una sexualidad no normada en la década de los 1970s.

Mi investigación se enmarca en los estudios de géneros y sexualidades de las feministas radicales francesas del mismo período de tiempo que enfoca la novela en cuestión. Me interesan sobre todo los argumentos de Monique Wittig, para quien las mujeres no constituyen un “grupo natural”, sino más bien un producto de la manipulación ideológica (2006, 31). Wittig, además, ya reconocía en los 1970s a la ideología marxista como enemiga abierta del “sujeto” en tanto individualidad. Esta ideología se fundamenta en las “masas” luchando no por ellas mismas como sujetos, sino como objetos de un partido o un líder (2006, 40-41). Por su parte, la heterosexualidad más que una institución es para Wittig un “régimen político” que se auto universaliza a partir de la producción y reproducción indiscriminada de su propio discurso, y “la necesidad del otro/diferente” (2006, 15, 52-52).

En Cuba los estudios de géneros y sexualidades comenzaron mucho más tarde y fueron dirigidos por una organización con buena voluntad, pero sin autonomía, es decir subordinada como todas las organizaciones e instituciones cubanas contemporáneas al poder político hegemónico. “Liderados por la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), se impulsó el movimiento de Cátedras de la Mujer en las universidades del país y se fundó el Centro de Estudios de la Mujer, en 1997, los que comenzaron a convocar a talleres, seminarios y conferencias motivadoras de otras instituciones a tener [la temática de géneros y sexualidades] en su agenda” (González Pagés 2010, 14). Es decir que, “Para la década de los 1990 varias escritoras habían comenzado a reclamar espacios de intervención y generar una literatura que intentaba erosionar los márgenes en los que se quería ubicar la ‘literatura femenina’” (Aguilar Dornelles 2018, 106).

Contrario a los estudios de Wittig, estos provenientes de la isla evaden

cuestionar el poder hegemónico al cual responden y enfocan a penas los procesos naturales y culturales que han moldeado estas categorías de identidad. Sin embargo, es relevante que, a pesar de su compromiso con el poder hegemónico cubano y su resistencia (¿o miedo?) a desenmascarar la normativa heterosexual obligatoria, reforzada oficialmente en los 1970s por dicho poder, tales estudios ostentan el mérito de haber inspirado el tratamiento de la temática que enfoca esta investigación, tanto desde la narrativa como desde la poesía.

Por consiguiente, no solo Aida Bahr ha explorado el tema en su narrativa, también se sumaron al diálogo otras escritoras de su generación o cercanas a ella como Mercedes Santos Moray, Mirta Yáñez, Marilyn Bobes, y Reina María Rodríguez, entre otras, además de autores masculinos como Leonardo Padura. Así, por ejemplo, Mirta Yáñez narra en *Sangra por la herida* el acoso y la desprotección social que padecían las lesbianas, “Un domingo, Lalita y su amiga fueron a la costa a tomar el sol. Al cabo de un rato regresaron lesionadas. Unos tipejos desconocidos les cayeron a golpes. La amiga de Lalita tenía un ojo morado y el labio partido que sangraba profundamente [...] Lalita sufrió arañazos, puntapiés y una herida en la frente” (2010, 127).

Sobre tales exploraciones, Patricia Valladares-Ruiz acierta al comentar que todas “se pasean entre estéticas iconoclastas y barrocas, pero coinciden ineludiblemente en su intento por quebrar el silencio que condenaba todo aquello que escapara del molde único de la heterocracia institucional” (2012, 31). En contraste con las “estéticas iconoclastas y barrocas” de la mayoría de los escritores cubanos que han recogido en sus obras sexualidades no normadas, en la novela de Bahr que me ocupa, *Las voces y los ecos*, el tema es explorado desde el miedo que permeó la sociedad cubana de los 1970s.

Los dos personajes femeninos centrales de esta novela son tan cercanos como diferentes entre sí. De un lado, la narradora, quien es también la protagonista, “anónima, como definición ya recurrente en muchas de las narraciones de mujeres de los últimos años para encubrir o enfatizar el carácter abiertamente autobiográfico de lo contado” y del otro lado, su prima Vilma, con quien creció (Alfonso 2009, 60). “Las dos niñas crecieron juntas, la misma comida, los mismos cuidados, similares ropas, pero incluso ellas parecían saber que eran distintas” (Bahr 2014, 62). En esos años la narradora era “el cerebro y ella [Vilma] el corazón” de sus juegos infantiles (Bahr 2014, 13). Así, a medida que avanza la historia las diferencias entre ambas se van agudizando. Primero, el aspecto personal descuidado de la narradora, “pantalón de mezclilla, pullover de algodón blanco, tenis cañeros y ausencia total de maquillaje” (Bahr 2014, 21). Segundo y en completa oposición, Vilma “vestida con aquellos faldones largos

hasta el tobillo, [...], blusas o pulóveres muy ajustados para lucir sus senos grandes, y el pelo suelto, envolviéndola como una nube” (Bahr 2014, 12).

También, las jóvenes contrastan en término de relaciones sociales y rendimiento académico. En la universidad Vilma “tenía su grupo [de amigos], yo el mío, es decir, ninguno; por alguna extraña razón yo no encajaba en ningún grupo” (Bahr 2014, 13). Además, mientras la narradora era una erudita, pues desde los 12 años “comenz[ó] a leer anárquicamente cuanto [libro] encontraba a [su] paso” (Bahr 2014, 7), su prima Vilma “había matriculado Periodismo [...] porque su puesto en el escalafón no había sido lo suficientemente bueno” (Bahr 2014, 63).

Es relevante, también, que a diferencia de la narradora, Vilma era “una mujer sensual y excitante” (Bahr 2014, 13), “cuando [los hombres] se enfrentaban a Vilma se derretían como la mantequilla” (Bahr 2014, 12), y este atributo es, paradójicamente, el que le permite a Vilma tener más éxito que la narradora en la universidad, si incluimos dentro de este el hecho de poder pasar los exámenes sin ningún esfuerzo. Ella “Aprobaba los exámenes gracias a que contaba con la benevolencia de todos los tribunales (no había muchas profesoras en Periodismo)” (Bahr 2014, 63). Además, “era [...] mucho más popular entre los hombres que entre las mujeres” (Bahr 2014, 14), mientras la narradora apenas batallaba para “no aumentar el número de mis enemigos, pero esto probó ser tan difícil como el aumentar el número de mis amigos” (Bahr 2014, 15).

Como indican las citas, las diferencias entre las dos jóvenes oscilan desde el vestuario, provocativo de una y descuidado de la otra, hasta la popularidad de cada una entre los varones. Con otras palabras, cada una representa su “ser mujer” de forma diametralmente opuesta y ambas representaciones arrojan luz sobre lo problemático de las sexualidades femeninas en la sociedad cubana de los primeros decenios de revolución.

En la novela, con la excepción de la narradora, los personajes femeninos jóvenes se representan enfatizando tan desesperadamente su heterosexualidad que devalúan con ello su género, lo circunscriben a un espacio simbólico de placer masculino. Por ejemplo, cuando la narradora y Vilma ingresan en la universidad la relación cercana que habían mantenido de niñas da un giro, “al principio [en la Universidad] íbamos juntas a todas partes, pero de manera insensible nos fuimos separando. Para ser exacta, tal separación solo tenía lugar cuando un ser del sexo masculino intervenía” (Bahr 2014, 13), porque “los ojos de ella prometían a la mujer más mujer. Su mirada los envolvía como una sábana, los acariciaba, los humedecía

como una lengua” (Bahr 2014, 12). En la década de los 1970s, cuando transcurre la mayor parte de la historia de *Las voces y los ecos*, “By making themselves ‘noticeable and attractive’, women became everyday ideological allies of Communist males” (Guerra 2012, 246).

La devaluación consciente que alcanza el género femenino en el contexto de producción de esta obra literaria lo ilustra también “el escándalo de Marisela”. A esta otra joven universitaria “la encontraron borracha perdida, debajo de uno de los edificios, rodeada por dos o tres varones y con la falda en la cabeza. [...] Había emulación entre las facultades así que el asunto se silenció” (Bahr 2014, 49). Con menos palabras, la objetivación del cuerpo femenino de Marisela no tuvo consecuencias.

En los 1970s la población cubana ya había sido encasillada en categorías de identidad homogéneas como “la masa”, “el pueblo revolucionario” y sus sinónimos. Esta novedosa identidad nacional se basaba ante todo en lo ideológico, es decir, en la absoluta identificación de esa “masa”, de ese “pueblo revolucionario cubano”, con la ideología del poder político hegemónico, el cual recaía sobre “El Partido Comunista de Cuba, vanguardia organizada marxista-leninista de la clase obrera”, según constaba en el Artículo 5 de la Constitución de la República vigente en dicho decenio (*Constitución* 1981, 6). Wittig advierte, como anuncié en la introducción de este artículo, que semejantes ideologías nunca han permitido a las “personas oprimidas que se constituyan históricamente como sujetos”, es decir, “el marxismo no tiene en cuenta que una clase también consiste en individuos, uno por uno. La conciencia de clase no es suficiente” (2006, 40-41).

Como consecuencia, tales categorías de identidad nacional en lugar de incluir como quiso aparentar el discurso oficial cubano, excluían. En realidad, la inclusión de los sujetos históricamente subordinados, el subalterno, seguía estando condicionada, sólo habían sido modificadas las condiciones de subordinación. Por ejemplo, la mujer para “llegar a serlo”, en términos de Simone de Beauvoir, debía satisfacer un modelo “nuevo” que, entre otros aspectos, la inducía a objetivizar su cuerpo femenino para que su contraparte confirmara su sexualidad heterosexual.

La aprobación colectiva de las manifestaciones sexuales de estos dos personajes femeninos, Vilma y Marisela, sugiere que lo que más parecía celebrarse de la mujer en aquel contexto universitario era su superficialidad y disponibilidad sexual, o sea que inspiraran deseos heterosexuales en el “hombre nuevo revolucionario” mediante su comportamiento, accesibilidad sexual y vestuario provocativo. Tan es así que, en la universidad según la narradora, “alrededor del área cercada de la beca se

extendía un barranco lleno de matorrales [...] para alcanzar rincones propicios a la intimidad, siempre con grandes precauciones, porque era posible encontrar el lugar ocupado por otra pareja” y Vilma “era una de las asiduas al lugar” (Bahr 2014, 20).

En agudo contraste con la motivación colectiva a semejantes prácticas sexuales del género femenino, las obligaciones del sexo opuesto, del masculino, parecían terminar al confirmar su heterosexualidad manteniendo relaciones sexuales con alguna mujer. Lo anterior queda denunciado en la novela cuando Vilma le informa a su novio que está embarazada. Como es de esperar, a este “la noticia le cayó como una bomba. Le dijo que él lo sentía mucho pero no había condiciones para que esa criatura naciera, que *ella* había debido protegerse mejor, que lo único que cabía hacer era un aborto” (Bahr 2014, 80, el énfasis es mío).

A ello se suma que, paradójicamente, un mismo comportamiento sexual podía considerarse “inmoral” si quien lo llevaba a cabo era una mujer, y “normal” si su autor era un hombre. En la novela, a Vilma le preocupa la posibilidad de ser expulsada públicamente de la universidad “por puta” (Bahr 2014, 115-16) y la profesora de literatura Hispanoamericana se lamenta de haber mantenido por cuatro años una conducta “inmoral”, refiriéndose a su relación romántica con un profesor casado. Sin embargo, este personaje subraya que “Lo mejor es que cuando hagan la reunión en el departamento de él seguro que no le dirán ni pitoche” (Bahr 2014, 85). Mientras la mujer era cuestionada públicamente por su conducta “inmoral”, al hombre no se le mencionaba el tema.

Opuesto a los personajes femeninos jóvenes de la novela y, sobre todo a Vilma y a Marisela, es el comportamiento asexual que manifiesta la narradora. Según ella, en la universidad clasificaba en el grupo de “las bohemias”, pero estas “tomaban ron y creían en el amor libre y a mí no me atraía ninguna de las dos cosas” (Bahr 2014, 21). También advierte que “bailaba con todos, [pero] nunca tuve una pareja específica. Algún que otro muchacho me enamoró, pero no me interesé por ninguno y solo era cuestión de esperar a que terminaran de hablar para decirles que no” (Bahr 2014, 33). Además, “La idea de besar a alguien sin quererlo me da asco” (Bahr 2014, 50). La narradora también reconoce que le da asco “hacer esas cosas”, refiriéndose a una escena en la que su tía Enna le hace el sexo oral a su esposo Miguel (Bahr 2014, 114):

Mientras hablaba se había ido desabrochando el pantalón, abriendo la portañuela [...] Con su mano presionándole la cabeza, mantuvo a tía Enna inclinada sobre aquello, mientras la expresión de su rostro iba reflejando un placer cada vez mayor [...] Yo traté de olvidar esas imágenes, pero me quedó una repulsión muy grande hacia Miguel cuando tomaba y veía aparecer en sus

labios la misma risita idiota. (Bahr 2014, 114)

La narradora confiesa incluso que “en toda mi vida me había gustado solamente un hombre, y cuando hablo de gustar me refiero a encontrarlo bello físicamente, jamás se me hubiera ocurrido tener algo con él” (Bahr 2014, 33-4).

En contraste con su asco hacia el sexo oral y, en general, su inapetencia sexual hacia su opuesto binominal, la narradora confiesa su “especie de pasión por Sandy Dennis” (Bahr 2014, 36), la actriz norteamericana ganadora de un Premio Oscar por su actuación en *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* Reconoce igualmente su “simpatía especial por Luisa, aunque no la exteriorizaba” (Bahr 2014, 27), delegada de su año y “miembro del Consejo de la FEU [Federación Estudiantil Universitaria] de la facultad” (Bahr 26), y su afecto incondicional por Vilma, quien “al menos me premiaba con los restos de lo que había sido su cariño [...] solía darme un beso y un abrazo teatrales, pero apretados y cálidos [...] Eso era suficiente para mí” (Bahr 2014, 64).

Según Michael J. Brown y Jennifer L. Groscup, “little research has examined stereotypes of lesbians; however, they are often perceived as masculine, [and] independent” (2009, 160). La “masculinidad” de la narradora la denota su vestuario descuidado, nada provocativo, o sea poco “femenino” si pensamos en las normas de aquel contexto para el género femenino, responsable de estimular deseos sexuales en los varones, así como el hecho de saberse “el cerebro” entre ella y su prima. La “independencia”, por su parte, es subrayada con su decisión de estudiar la carrera de Letras en la Universidad de Oriente, desafiando el poder hegemónico matriarcal de José, su figura materna: “Mi madre explotó violentamente porque una hija suya no iría a estudiar a una ciudad de negros, en una Universidad que no tenía ni medio siglo de fundada, donde las aulas parecían naves de criar pollos” (Bahr 2014, 10).

Asimismo, a lo anterior se suma el rechazo de este personaje a la intimidad con el sexo opuesto, su confesión de asco hacia ciertas prácticas heterosexuales y el “sabor incierto, nada que añorar o repeler” de sus primeros besos (Bahr 2014, 123). Paralelo a semejante rechazo está su pasión por o comodidad con específicas figuras femeninas como Sandy Dennis y Luisa. Todas estas preferencias y predisposiciones alejan a la narradora de la mujer heterosexual normada y la aproximan (peligrosamente en aquel contexto) a la lesbiana.

Sin embargo, aunque la orientación sexual de la protagonista/narradora de esta novela de Bahr es tan estereotípica como cuestionable, me interesa resaltar aquí los peligros de identificarse en Cuba, en los 1970s, con una sexualidad no normada, o lo

que es similar, los riesgos de rechazar los privilegios institucionalizados de la normativa heterosexual. En los primeros años de revolución, “All men and women had to check their own gender performance and expression to ensure that their masculinity or femininity was never questioned, lest they face the state’s consequences” (Tahbaz 2013, n/p).

De esa forma, se fue creando una suerte de pánico a ser acusado o tildado de homosexual que permeó la sociedad cubana y que aparece bien recogido en el siguiente pasaje de la novela de Bahr. Después que Vilma se somete a la interrupción de su embarazo apoyada únicamente por su prima (la narradora), “me di cuenta de que me caía de cansancio. No quise dejarla sola [a Vilma] y me acosté con ella en la litera, puse mi mano sobre su brazo para sentir si le subía la temperatura y me quedé dormida casi en el acto” (Bahr 2014, 80). Cuando la narradora se despierta “dos horas después” se percata de que está siendo observada, “No era una sola persona. Varias muchachas de la facultad [...] nos contemplaban desde la puerta” (Bahr 2014, 80-1).

Esta escena, incomparable en cualquier término con la de Marisela, rodeada de hombres debajo de un edificio y con la falda en la cabeza, o la de la propia Vilma y otras estudiantes universitarias, haciendo fila “discretamente” para entrar a “un barranco lleno de matorrales” a tener sexo con su pareja masculina, tuvo consecuencias devastadoras, sobre todo, en términos psicológicos. “Vilma estaba cada vez más deprimida y había llegado a decirme que no iría a la asamblea”, es decir a la reunión mensual de escrutinio de cuyos resultados dependían cada mes los estudiantes universitarios cubanos. Más tarde, “Nos dimos un último abrazo y ella se fue de prisa [...] seguida por la mirada de todos los que se cruzaban con ella, muchachos que no sabían que Vilma Castells atravesaba por última vez el camino de Quintero” (Bahr 2014, 116). Vilma abandona sus estudios universitarios por temor a ser humillada públicamente y expulsada. De forma similar, en una de esas reuniones de escrutinio con los dirigentes de la Unión de Jóvenes Comunistas, UJC, y la FEU, la narradora se defiende indicando que “Por autosuficiente [lo que le habían señalado en múltiples reuniones anteriores] no me pueden botar de la universidad”. Mas, para su sorpresa, le responden, “Por homosexual sí. [...] Mucha gente te vio con tu prima. A ver cómo niegas eso” (Bahr 2014, 111).

La descripción que hace la narradora de su estado emocional al escuchar dicha acusación, formal y pública, es sintomática del pánico a ser “marcada” como lesbiana: “Los cristales del frío hicieron explosión dentro de mí, pinchaban, cortaban, herían por todas partes. [...] Bajé corriendo las escaleras del edificio, no sé cómo no rodé en los

tramos finales. [...] No pude más y rompí a llorar, como una histérica, como una loca, como quien se hunde en un pozo” (Bahr 111-12). Su desequilibrio emocional tiene, sin lugar a duda, una estrecha relación con las implicaciones que acarreaaba retar la normativa heterosexual.

En la isla, como comenta Lillian Guerra en su *Visions of Power...*, la campaña oficial contra los homosexuales comenzó en 1965 y alcanzó su máxima expresión en 1971, después de haber sido institucionalizados tanto la práctica política de los escrutinios del género de los cubanos, como el repudio a la homosexualidad. Aunque esta, la homosexualidad, se asociaba con “perversión imperialista” y, por ende, se culpaba de ella a los Estados Unidos, lo significativo es que se le trataba como amenaza a la seguridad nacional y, como si fuera poco, el defensor de algún acusado de prácticas homosexuales era considerado igualmente homosexual (Guerra 2012, 245). Esto último no solo aumentaba la desprotección social de los que se identificaban con sexualidades diferentes a la normada, sino también los ubicaba en una de las posiciones más desventajosas dentro del entramado de la sociedad cubana.

During the 1960s the Cuban Revolution severely and systematically restricted gay citizens’ rights. Gay people were not allowed to teach, go abroad, join the military, attend university, practice the fine arts, work in the press, or join the communist party [...] In the university, students were purged for accusations of homosexuality in public trials attended by hundreds of students. Trials for accused homosexuals had the same procedures as those for accused counterrevolutionaries. (Citado en Tahbaz 2013, n/p)

Como ilustra la cita, en términos sexuales el discurso oficial cubano era abiertamente homofóbico, por ende, la sexualidad de los individuos fue (y sigue siendo) una categoría usada con fines políticos. De hecho, en 1963 la propia dirección del gobierno inició una campaña homofóbica que etiquetaba como contrarrevolucionarios afeminados a los jóvenes que imitaban la moda norteamericana de pantalones ajustados. A esta le siguieron otras de depuración en juicios públicos, distribución de literatura homofóbica, panfletos que incitaban a la violencia contra los homosexuales y caricaturas que los ridiculizaba, por solo mencionar unos pocos ejemplos (Guerra 2012, 246-47). El desacato a la normativa heterosexual era considerado como un ataque directo al proceso revolucionario.

Cabe recordar aquí la advertencia de Monique Wittig, “la sociedad heterosexual está fundada sobre la necesidad del otro/diferente en todos los niveles”, además, construir ese “otro/diferente” y dominarlo es un “acto de poder” (2006, 53). Lo anterior explica “las célebres ‘recogidas’ de los años 70” en la capital cubana y los

“espacios de supuesta purificación”, es decir, los campos de trabajo forzado conocidos con el eufemismo de Unidades Militares de Ayuda a la Producción, UMAP, de la segunda mitad de los 1960s (Fowler 2016, n/p). El propósito de las UMAP, según Roberto Garcés Marrero fue “económico, represivo e ideológico al unísono. [...] las UMAP fueron la coagulación de las concepciones de la época sobre el papel del trabajo en la conformación del hombre revolucionario y de la nueva sociedad, llevadas a su límite extremo, por cuanto cumplieron una labor punitiva totalizadora, como parte del aparato tanto ideológico como represivo del Estado revolucionario” (2019, 110-11).

Por ende, la norma heterosexual en Cuba era obligatoria de manera oficial, o sea “compulsory”, en términos de Adrienne Rich (1980, 632) y la novela lo corrobora a través de las (a)sexualidades de algunos de sus personajes. La particularidad radica en que en la isla esa norma compulsiva fue reforzada con la implantación de un “modelo” masculino nacional a seguir y la creación de un pánico general a ser encasillado fuera de ese modelo. Y es cierto que el poder político cubano reconoció, cuarenta años después, su responsabilidad en el asunto, pero de una manera bastante tímida, inexacta, más bien justificando sus errores:

fueron momentos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia!—repite [Fidel Castro] enfático—, la haya hecho quien sea. Si la hicimos nosotros, nosotros...Estoy tratando de delimitar mi responsabilidad en todo eso porque, desde luego, personalmente, yo no tengo ese tipo de prejuicios [...] teníamos tantos y tan terribles problemas, problemas de vida o muerte, ¿sabes?, que no le prestamos suficiente atención. (Citado en Lira Saade 2010, n/p)

De la cita se desprende que para el discurso oficial cubano la asfixia que padecía la población no heterosexual no era un problema “terrible” y mucho menos de “vida o muerte”. Con otras palabras, ese grupo social había sido deshumanizado, se la había retirado el atributo de “sujeto”. Como advirtiera Monique Wittig, “Los discursos que nos oprimen [...] dan por sentado que lo que funda la sociedad, cualquier sociedad, es la heterosexualidad. [...] Estos discursos de heterosexualidad nos oprimen en la medida que nos niegan toda posibilidad de hablar si no es en sus propios términos” (2006, 49). Consecuentemente, hasta el llamado *bullying*, acoso escolar, del cual fue blanco la narradora de *Las voces y los ecos* fue una práctica oficial de la sociedad cubana.

Para la narradora de Bahr, sin embargo, las víctimas de semejantes prácticas son más bien pecadoras, “Hay pecados originales con los que se nace, otros se adquieren en la vida, a menos que uno esté tan consciente de ellos, y les tenga tanto miedo, que trate a toda costa de evitarlos” (2014, 88). Adrienne Rich, no obstante, observa que dentro de las sexualidades no normadas la figura de la lesbiana es una de

las más problemáticas en términos sociales y su sexualidad no se asocia precisamente con pecado original o adquirido. Se trata según Rich de que, “Lesbian existence comprises both the breaking of a taboo and the rejection of a compulsory way of life. It is also a direct or indirect attack on male right of access to women” (Rich 1980, 649).

Además de ese “derecho masculino”, analizado arriba a través de los personajes de Vilma y Marisela, es relevante aquí la hipersexualidad del abuelo asturiano de la narradora, Alfonso Castells. La potencia sexual casi animal del asturiano tenía incluso propiedades “curativas”: “Alfonso penetró a la India con un rugido de victoria” mientras uno de los espectadores de la escena le gritaba, “¡Está podrida, Castells, esa mujer es la muerte!” Sorpresivamente, “no solo Alfonso no enfermó, sino que la India resultó curada de su dolencia” (Bahr 2014, 18).

Además del homenaje que rinde ese pasaje de la novela al realismo mágico latinoamericano, semejante celebración a la “magia” de la sexualidad masculina a través del personaje de Alfonso Castells, puede interpretarse como parodia al reforzamiento oficial de la masculinidad hegemónica en Cuba. En independencia de la conocida construcción sociocultural de esta categoría, ya sabemos que en Cuba la misma fue reforzada, primero, con la implantación de un modelo heterosexual masculino, la figura militar e invencible del líder de la Revolución, Fidel Castro, cuyo padre coincidentemente, había sido un rudo emigrante español asentado como Castells en Holguín.

Curiosamente, esa figura central del poder político cubano por más de 50 años era popularmente conocida en la isla como “el caballo”, como anota Georgie Anne Geyer, “another day, while having a rustic lunch in an old barn with Castro and his military entourage, I saw a far less agreeable side of the man they call El Caballo (the horse) because of his extraordinary strength and stamina” (1999, n/p). Aunque dicha figura política fue asociada en el imaginario nacional cubano con un animal que es símbolo por excelencia de poder físico y resistencia, me interesa destacar que es igualmente símbolo de virilidad masculina y potencia sexual.

A tal reforzamiento de la masculinidad hegemónica, en la segunda mitad de los años 1970s se le suma la guerra que libraban los cubanos en Angola, partiendo por supuesto de la concepción determinista que defiende la superior utilidad del hombre en situaciones bélicas. Como he comentado en otras investigaciones, en 1975 Cuba comenzó a enviar a Angola armamentos, instructores militares y, por supuesto, soldados en el orden de los miles, para repeler por solicitud del Movimiento Popular para la Liberación de Angola, MPLA, la invasión de Sudáfrica.

Este período bélico de los cubanos en África que se extendió por trece años, en la novela es criticado a través del rechazo de José, la matriarca de la familia, a la participación de su cuñado Miguel en dicha empresa. Cuando él anuncia en la casa “Me voy para Angola”, José le riposta encolerizado, “¿Qué sabes tú de guerras y tiros? ¿Y qué se te ha perdido a ti en África?” (Bahr 98). Para José, se trataba de “locuras románticas”, para jóvenes “sin familia que mantener”, que además “resultaban ridículas y sin sentido” (Bahr 2014, 99).

Además de esta crítica que hace el texto a la participación de Cuba en la guerra de Angola a través del personaje de José, es significativo su comentario respecto a la escasez de hombres en la familia, “Nadie sabe mejor que yo lo que significa un padre, y en esta casa faltan demasiados” (Bahr 2014, 100). Una de esas figuras paternas ausentes en su hermano, Tello, quien no solo había abandonado a la familia sino también a una mujer embarazada, cuya hija termina siendo criada colectivamente. “Cuando Tello se fue, sabía que dejaba a esa muchacha embarazada” (Bahr 2009, 61). Esta carencia de figuras masculinas en una familia que, a pesar de ello, nunca se desmorona en la novela, corrobora el empoderamiento que alcanzan las figuras femeninas en el espacio simbólico del texto en cuestión, opuesto a la representación de figuras masculinas inestables y pobres de carácter.

En fin, esta historia no solo registra la competencia del género femenino contrario a las creencias del imaginario nacional y las normativas oficiales, sino que también ilustra la vulnerabilidad social de la población no heterosexual cubana, al menos en los años 1970s, aunque como bien apunta Víctor Fowler Calzada, “la larga historia de obsesión homofóbica por parte de las autoridades cubanas [se extiende] a lo largo de más de medio siglo; una obsesión que fluctúa en sus intensidades, pero que prácticamente no ha dejado de existir nunca” (2016, n/p). La identidad sexual individual de los cubanos fue y sigue siendo un asunto político y público, es decir lo privado dejó de serlo para convertirse en algo debatible públicamente. Incluso en el momento de escribir este estudio, la Asamblea Nacional del Poder Popular cubano acababa de retractarse respecto a una nueva definición de “matrimonio” que parecía iba a ser oficializada en la nueva Constitución de la República. Al revocarla daba por terminado “el debate que por cinco meses tuvo lugar en Cuba a raíz de la modificación del concepto de matrimonio. El cambio de ‘hombre y mujer’ por ‘dos personas’ habría abierto las puertas a la aprobación del matrimonio igualitario en el país” (Álvarez 2019, n/p).

Para concluir, “Todos escribimos y hablamos desde un lugar y un momento determinados, desde una cultura y una historia que son específicas. Lo que decimos siempre está ‘en contexto’, posicionado” (Hall 1999, 131-32). Por consiguiente, *Las voces y los ecos* es una ilustración de los retos que debieron enfrentar en Cuba aquellos cuya identidad sexual difería de la impuesta en los años 1970s. Ellos dejaban de formar parte de “el pueblo revolucionario” y, como consecuencia, no podían disfrutar de las “bondades” de aquel proyecto político, por ejemplo, la educación universitaria. A ellos, enemigos del proceso se les reservaban “privilegios” diferentes: la humillación pública y la expulsión. Semejante homofobia institucionalizada, también problematizó el género femenino al tener este que asumir la responsabilidad social de estimular deseos sexuales en su oponente binominal y servirle de espacio donde el varón glorificara su masculinidad normada, aunque sin responsabilizarse con las consecuencias de tales actos. La novela de Bahr ilustra que el privilegio institucionalizado de la heterosexualidad, así como el reforzamiento de la masculinidad hegemónica en Cuba resultaron en la degradación consentida del género femenino.

Bibliografía

- Aguilar Dornelles, Maria Alejandra. 2018. “Activismo, literatura y cambio social en el Caribe hispano: aproximación en tres movimientos”, *Middle Atlantic Review of Latin American Studies* (2-1): 97-111.
- Alfonso, Vitalina. 2009. “Memoria e imaginario: ejes estructurantes de la fabulación”, *Otras modernidades* (2-10): 59-64.
- Álvarez Álvarez, Luis E. 2007. “Una novela desafiante”, *Cuba Literaria*.
<http://www.cubaliteraria.com/articuloc.php?idarticulo=9864&idcolumna=3>
 2.
- Álvarez, Sandra. 2019. “Por qué voto No a la nueva Constitución de Cuba a pesar del artículo 82”, *Negra Cubana tenía que ser*.
<https://negracubanateniaqueser.com/2019/01/16/por-que-voto-no-a-la-nueva-constitucion-de-cuba-a-pesar-del-articulo-82/>.
- Araújo, Nara. 2010. “Más allá de un cuarto propio: trece novelas en pugna en el siglo XXI”, *Otro lunes: Revista Hispanoamericana de Cultura* (4, 12): 1-2.
<http://otrolunes.com/archivos/12/html/este-lunes/este-lunes-n12-a01-p01->

2010.html

- Bahr, Aida. 2014. *Las voces y los ecos*. Santiago de Cuba: Oriente.
- Brown, Michael J. and Groscup, Jennifer L. 2009. "Homophobia and Acceptance of Stereotypes About Gays and Lesbians", *Individual Differences Research* (7, 3): 159-167.
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Trans. María Antonia Muñoz. Buenos Aires: Paidós.
- Constitución de la República de Cuba*. 1981. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____. 2019. <https://www.tremendanota.com/wp-content/uploads/Nueva-Constituci%C3%B3n.pdf>.
- Fowler Calzada, Víctor. 2016. "El orgasmo revolucionario", *Negra Cubana tenía que ser*. <https://negracubanateniaqueser.com/2016/05/16/el-orgasmo-revolucionario/>.
- Garcés Marrero, Roberto. 2019. "Los primeros años de la Revolución cubana y las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP)". *Historia Crítica*, 71: 93-112, <https://doi.org/10.7440/histcrit71.2019.05>.
- Geyer, Georgie Anne. 1999. "The Real Fidel." *World & I* (14, 6): 44. EBSCOhost, ezproxy.wsc.edu/login?url=https://search-ebscobost.com/ezproxy.wsc.edu/login.aspx?direct=true&db=f6h&AN=1883725&site=eds-live.
- González Pagés, Julio César. 2010. *Macho varón masculino: Estudios de masculinidades en Cuba*. La Habana: Editorial de la Mujer.
- Guerra, Lillian. 2012. *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Guevara, Ernesto. n/a. "El socialismo y el hombre en Cuba" en *Cristianismo y Revolución*. Argentina: Cuadernos.
- Hall, Stuart. 1999. "Identidad cultural y diáspora", *Pensar (en) los intersticios: Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Eds. Santiago Castro-Gómez, Oscar Guardiola-Rivera y Carmen Millán de Benavides. Trad. Mercedes Guhl. Bogotá: Colección Pensar.
- Lira Saade, Carmen. 2010. "Soy responsable de la persecución a homosexuales que hubo en Cuba: Fidel Castro", *La Jornada* (31 de agosto): 26. <https://www.jornada.com.mx/2010/08/31/index.php?section=mundo&article=026e1mun>.
- Rich, Adrienne. 1980. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence". *Signs: Journal of Women in Culture and Society* (5, 4). Women: Sex and Sexuality. 631-660.

- Tahbaz, Joséph. 2013. "Demystifying las UMAP: The Politics of Sugar, Gender, and Religion in 1960s Cuba". *Delaware Review of Latin American Studies* (14, 2). <https://www1.udel.edu/LAS/Vol14-2Tahbaz.html>.
- Valladares-Ruiz, Patricia. *Sexualidades disidentes en la narrativa contemporánea cubana*. Woodbridge: Tamesis, 2012.
- Wittig, Monique. 2006. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Trad. Javier Sáez y Paco Vidarte, Barcelona: EGALES, S.L.
- Yáñez, Mirta. 2010. *Sangra por la herida*. La Habana: Unión.